

Llora a diario porque no pudo sepultar a su propio hijo, muerto recientemente en un trágico accidente en San Andrés. Su dolor es físico pero también emocional; es agonizante, mezclado con remordimiento y vergüenza.

Otro tiene tendencias suicidas y dijo que su única esperanza era volver a ver de nuevo a su hijo de escasa edad, que tan solo vio en una ocasión cuando aún era bebé. Le duele en el alma no poder verlo crecer. El niño, aún inocente, a quien su madre hace todo lo posible para darle una vida digna y que aún no se percata de las dificultades del mundo moderno y de las pocas oportunidades que su papá tuvo y que posiblemente lo empujaron a hacer lo que hizo, aún cree que su padre es un héroe ocupado en aventuras fascinantes y que volverá algún día.

Tanto el primero como el segundo son seres humanos, oriundos de las islas. Contactos en Tegucigalpa a través de buenos samaritanos dieron un alivio a los familiares. Los del Consulado colgaron el teléfono cuando frente a la insistencia de que no podían dar información de los presos se les insistió en que si podrían ir a verificar si estaban vivos o en qué estado estaban.

'Señor Bush, voy a terminar esta llamada...'. Uno no sabe si ponerse a llorar, gritar o rezar, o las tres cosa a la vez. No había compasión. La frialdad, la respuesta mecánica y la poca humanidad mostrada para algo humanitario es deprimente. Pero, por Dios, el trabajo de ellos es estar pendiente de los presos, así que no están cumpliendo una obligación legal que juraron cumplir al haber tomado posesión de sus cargos

Tratos inhumanos

En la prisión les habían quitado todas sus pertenencias, y la comunicación con el exterior a través de sus celulares fue cortada cuando fueron repentinamente trasladados a una nueva cárcel. Una de máxima seguridad, construida para criminales que tienen encima varios muertos y no para personas, como las de los casos recién relatados, que les falta poco para cumplir su sentencia por enriquecimiento ilícito o por sospecha de ayuda al narcotráfico.

Les quitaron todo, hasta el dinero que tuvieron que pagar para poder entrar a la prisión de

donde los llevaron. No es realismo mágico: parece que en Honduras los presos deben cancelar un bono para entrar a prisión. En los celulares estaba no solo su único contacto con Colombia sino todas las fotos de los seres queridos que veían una y otra vez para sacar fuerza para lidiar con el purgatorio por el que atraviesan.

Los marinos isleños son fuertes e inmensos conocedores del mar, y por eso los contratan para esos negocios turbios y complicados, pero se derrumban cada vez que repasan las fotos de sus seres queridos para colmar la ausencia y el vacío que sienten lejos de casa. Son humanos al fin y al cabo, y toda esa tenacidad y fortaleza se desvanece al estar entre cuatro paredes mientras los humillan y maltratan cada minuto del día.

La abogada Brenda Cruz, quien lleva el caso de los nueve raizales trasladados a esa prisión conocida 'cariñosamente' como 'El Pozo', y considerada un verdadero infierno por los presos y la prensa hondureña, debe viajar por tierra seis horas para poder visitarlos y esperar otras tres bajo el sol para entrar a la prisión. Tras no verlos por más de un mes, ella y los presos comenzaron a llorar en el momento del reencuentro al ver el nivel de abandono y desmejoramiento físico y emocional alcanzado por cada uno de ellos en esos largos días de incomunicación.

Los controles fallan, nosotros ponemos los presos

El narcotráfico tiene una responsabilidad enorme en la ola de violencia e inseguridad que sacude y domina a San Andrés, aunque es un problema creado en el continente, monitoreado allá y en las islas con muy sofisticados equipos y no se explica cómo no detectan y controlan más salidas y movimientos alrededor de las islas. Algo falla y los organismos de control deben hacer más. Mientras tanto, nosotros pagamos los platos rotos y ponemos los muertos y los presos.

Pero no porque nadie esté obligado a meterse en ese mundo, los condenados o sospechosos del narcotráfico o de ser colaboradores merecen que sus derechos se vulneren. Sobre todo en el exterior.

A las autoridades colombianas no parece interesarles velar por ellos. En el Consulado de Colombia en Honduras en reunión con la abogada de los presos, solo se le pidió a ella copia de

la acreditación o poder que tiene para representarlos, algo netamente burocrático. No se indagó por el estado de salud de los presos, pero se cuestionó la presencia de la letrada en las oficinas del Consulado. Ella dijo estar decepcionada de la falta del elemento humano y de compasión de los funcionarios públicos que representan a Colombia en Honduras. Pero más allá del interés y trato netamente burocrático de los diplomáticos, no cumplen una función oficial fijada en el manual de funciones que se prometió cumplir: una visita consular que nunca se llevó a cabo.

No es fácil el trabajo del gobierno pero eso no quita que tengan algo de compasión. Son muchos presos en el exterior y además no hay dinero por los recortes ordenados para así atender mejor el proceso de paz y porque la dramática desaceleración económica que nos dejan de legado los ya casi ocho años de Santos hará disminuir los ingresos fiscales que se nutren de los impuestos y habrá por lo tanto menos dinero para todo.

Colombia tampoco puede interferir en los procesos legales que se siguen en Honduras y en otros lados, y se comenta que prefiere que los ligados al narcotráfico sean llevados al exterior. Es más, Tampa o cualquier sitio de los Estados Unidos es la preferencia de los mismos arrestados porque allá se les trata relativamente bien, comen y se les da su medicina; además, por el énfasis en la rehabilitación a través de un nuevo proyecto de vida pueden hasta estudiar algo, aprender un oficio, trabajar, y al salir dedicarse a una profesión.

Colombia prefiere cerrar el capítulo del narcotráfico, avanzar a otro nivel y mostrarse como un país pujante que atrae mucha inversión extranjera y que se hace rico día a día según las estadísticas. Pero no puede tapar el sol con las manos maltratando a los presos por narcotráfico al ignorarles y negarles sus mínimos derechos: una visita consular, y protestar si sus derechos se violan o si son maltratados.

A través de sus consulados Colombia debe estar pendiente de los presos. Una visita normalmente tiene un efecto psicológico tanto sobre los presos como sobre sus países 'anfitriones' o receptores. Los reos se sienten menos abandonados y con algo de amparo y compasión. Los países donde están tienden a tratarlos mejor por temor a protestas diplomáticas.

Colombia le falla a nuestros presos raizales en Honduras. Uno de ellos está a punto de morir por falta de medicinas. Si algo así de terrible ocurriera, ¿aparecería la compasión para los trámites de repatriación del cuerpo sin vida, cuando ya sería tarde una atención mínima? Es

como si más atención se prestara a presos muertos que vivos.

El enganche es fácil, el Gobierno no puede lavarse las manos

Nadie obliga a raizales a meterse en el narcotráfico, pero la situación de las islas muchas veces empuja a algunos a hacerlo ante la falta de alternativas y las facilidades tanto para engancharse en las aparentes e infinitas redes mafiosas que se tejen en el Caribe y Centro América, como para manejar el mar.

En vez de ser estimuladas y aprovechadas a modo de nuevas oportunidades laborales asociadas a este mágico mundo de recorrer el océano de manera normal y legal, esas valiosas aptitudes se menoscaban entre la imposición de otros modelos y opciones de vida lejos del mar o en ella pero poco santas y extremadamente riesgosas.

Así que el Estado Colombiano algo de velas tiene en este entierro. Su responsabilidad reside no solo en la torpeza de no ver las virtudes, particularidades y potencialidades de los isleños, y luego convertirlas en riqueza y fuentes de trabajo asociadas a cosas que se hacían en el pasado y que les gusta hacer. Labores que de paso mantienen y aumentan el autoestima de estos hombres que se han acostumbrado a labrar su respetabilidad ante los demás surcando los mares y luego narrando sus historias y aventuras o traspasando destrezas adquiridas a las nuevas generaciones.

Esa responsabilidad también se asocia a la poca atención que se presta a las mejoras sociales, económicas y culturales, y por destinar la mayor parte del presupuesto en las islas al turismo en esquemas que no generan empleos y no filtran ingresos hacia el ciudadano común y corriente que no tiene acceso a uno de los múltiples contratos millonarios que se anuncian por doquier.

Cócteles sí, prisiones no

Pero hay otro elemento donde falla Colombia y es en la compasión y en la atención a la

situación de las personas presas. Como lo aclara una ex-diplomática colombiana en Europa, están demasiado 'ocupados' en disfrutar su estatus diplomático yendo a cocteles en ese mundo enrarecido, y seguramente no les queda tiempo de ir a una cárcel a mostrar algo de esperanza o de humanidad a un preso. Hacer eso es visto con bajeza. De allí que pongan trabas para no hacer las visitas, en este caso alegando que los familiares deben hacer cualquier solicitud, a pesar de que ellos no han mostrado en su página web los procedimientos.

A lo que se suma que los raizales hablamos inglés creole de las islas y muchos poco o nada de castellano, así que aunque en la página web del Consulado o de Cancillería pusieran algo sobre los requerimientos de visita a los presos e información asociada, estaría en español, como al día de hoy está toda la página.

También es posible una repatriación, la cual es relativamente fácil. Más aún cuando algunos presos han recibido su condena siguiendo el proceso legal y están en proceso de salir en un tiempo determinado, condición principal para iniciar un proceso de repatriación, si así lo pide el gobierno de Colombia.

La condena para muchos entonces es múltiple: además de la restricción de su libertad se ven condenados a una muerte en vida llena de maltratos, enfermedad, abandono y una tristeza crónica que los hace delirar y preguntarse si realmente siguen siendo humanos ante tanto ultraje de lo que queda de su dignidad.

Una condena múltiple que no es solo ilegal sino inhumana.